

UNA CRUZ EN NAGASAKI

HUGO DIEGO BLANCO

La belleza de Japón no depende exclusivamente de la abundancia de árboles y flores, sino también de la diversidad de los paisajes montañosos, de la fascinación de los ríos y de los mares, y de la exquisita e insólita variación de sus estaciones. La sensibilidad japonesa ha estado siempre condicionada por este clima, por este sugestivo ambiente natural.

Pero esas montañas y aquellos ríos que Yasunari Kawabata elogia, esa naturaleza prolongada en pinturas y poemas también ha sido el escenario de tradiciones culturales y desbordamientos emotivos, de hermosas batallas sostenidas por la disciplina de los samurais y de sacrificios, martirios y devastaciones.

La belleza de la colina de Nishizaka, en Nagasaki, no hizo menos doloroso el calvario de veintiséis sacerdotes y fieles cristianos. Hace cuatro siglos, el viernes 5 de febrero de 1579, fueron crucificados por orden del emperador Toyotomi Hideyoshi seis religiosos católicos y veinte feligreses de origen japonés. Felipe de Jesús es el nombre del *Ecce Homo* mexicano, del franciscano que había nacido veinticinco años antes de su sacrificio, en la ciudad de México. Felipe de las Casas Martínez fue su nombre en el siglo: san Felipe de Jesús sería su nombre en el santoral y en los altares. Es el primer santo mexicano y por esa razón su figura es una de las primeras imágenes de un nacionalismo germinal que alentaron los criollos del siglo XVII. El sacrificio de san Felipe fue celebrado —y la palabra, aunque parece inadecuada, es la correcta— como una bendición para La Nueva España. Una prueba de la fertilidad de esta tierra; almaciga de semillas, frutos y beatos; mina de plata, oro y devociones. En un sermón que el bachiller Miguel Sánchez “predicó en la Dominica de la sexagésima en el convento de religiosas de la Concepción de México, al velo, profesión y fiesta de San Felipe de Jesús” en el año de 1640 se destacaba más la nación que la religión de Felipe; o mejor dicho, la religión y

• Fragmento de un ensayo sobre san Felipe de Jesús. Este libro ha recibido el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

la nacionalidad del fraile formaron un matrimonio espiritual de una originalidad proclamada como estandarte. San Felipe de Jesús: el santo criollo, el primer mártir mexicano, compañero de tribulaciones de los benditos del calendario cristiano: de san Lorenzo y de san Sebastián, del mismo mártir del Gólgota, quien hablaba con parábolas pero nunca dijo que el nombre es ya un destino.

De la famosa México el asiento
origen y grandeza de edificios,
caballos, calles, trato, cumplimiento,
letras, virtudes, variedad de oficios,
regalos, ocasiones de contento,
primavera inmortal y sus indicios,
gobierno ilustre, religión y estado,
todo en este discurso está cifrado.

Es en esta *Grandeza mexicana* poetizada por Bernardo de Balbuena en donde el cuerpo herido de Felipe toma su sitio en un altar construido por encargo del gremio de los plateros de la virreinal ciudad de México.

No es extraño que en el siglo XVII se debatiera sobre el lugar de nacimiento de Felipe y que los primeros biógrafos novohispanos defendieran la oriundez del santo con tal decisión. Todavía en 1751, cuando publica su *Vida y martirio de San Felipe de Jesús* fray Baltazar Medina subraya en el frontispicio del libro la palabra compatriota. El hecho de que el acta bautismal se haya perdido es ya un estigma que señala un vacío originario. Y esa acta de nacimiento perdida coloca en los archivos de la leyenda más que en los de la historia una vida que navegó entre las virtudes y los placeres. Es cierto que la disputa entre criollos y peninsulares acerca del lugar de nacimiento de Felipe no es la más importante de la época pero sí señala un estado de ánimo y una voluntad por crear un fragmento de historia. Es una manera de decir que en esta huerta también crecen higueras. Hubo quien declaró —sin pruebas de por medio— que Felipe había nacido en España y también quien imaginó que el nacimiento del futuro santo sucedió en

alta mar, a bordo de una nave que hacía el viaje del puerto de Cádiz a Veracruz. Y esta idea, más cercana al mundo de la mitología y de la fábula, no deja de ser inquietante, sobre todo si recordamos que fue la crueldad del mar lo que arrojó la embarcación en la que viajaba Felipe a las costas del Japón.

A diferencia de Francisco Javier y Mateo Ricci, aquellos jesuitas que vislumbraron la inmensidad del Japón y China y que dieron el primer paso de una aventura espiritual que imaginó poder sustituir las Sutras budistas o el I Ching, por el Antiguo y el Nuevo Testamento, Felipe de Jesús sólo pudo predicar algunos días en las islas de Kyushu. Y predicó no porque se lo hubiera propuesto sino porque la fatalidad se lo impuso. El antecedente de su martirio fue el naufragio. Los fuertes vientos del mar de China pudieron más que el ángelus que los padres de Felipe rezaban todos los días en la Nueva España. Cuando una embarcación —justamente llamada San Felipe— partió del puerto de Manila con el futuro santo a bordo, el capitán Landecho ignoraba que vería un puerto japonés antes de llegar a Acapulco. Ignoraba más cosas; por ejemplo, que en la mañana del 5 de febrero de 1597 cincuenta cruces, construidas por hábiles artesanos de Nagasaki, serían plantadas en la colina de Nishizaka. Ese espectáculo de las cruces vacías lo conmovió por más de una razón. Su conciencia se resistía a reconocer que la belleza del paisaje, la fascinación del mar y el aire de invierno, la enigmática presencia de esa hilera de cruces, hacía más viva y casi dramática la belleza de aquel sitio.

Aunque únicamente fueron crucificados veintiséis cristianos, el daimyo de Nagasaki ordenó que se construyeran cincuenta cruces. Tal vez pensaba más en la perfección de la cifra que en la necesidad del patíbulo. Un rasgo, por lo demás, propio del gusto japonés. Ver a veintiséis hombres flagelados, agonizantes y, junto a ellos, el incómodo silencio de veinticuatro cruces vacías. Una manera cruel de mostrar que aún existía sitio para quien quisiera ser mártir. La persecución de los cristianos en el Japón no fue la única que produjo aquellos arrebatos de violencia y crueldad. Años antes el jefe militar que antecedió a Toyotomi Hideyoshi decidió poner fin a las veleidades políticas del clero budista y en 1571 atacó y destruyó los monasterios del monte Hiei, lugar en donde murieron cientos de monjes. De hecho, la simpatía que Nobunaga —y este es el nombre del jefe militar— sentía hacia los cristianos, y la tolerancia a los primeros misioneros debe entenderse como una manera de combatir a los monasterios budistas que se oponían a sus intereses.

Antes de llegar a Nagasaki los mártires cristianos habían sido obligados a caminar "más de 120 leguas", desde Osaka hasta aquel puerto de Kyushu. Caminar

con los pies descalzos, soportando la nieve y el frío, fue ya el primer sacrificio. Existía una orden del daimyo que prohibía presenciar la crucifixión pero a pesar de ello muchos españoles, portugueses y japoneses acompañaron en una extraña procesión a los condenados.

Lejos de Nagasaki, más allá del Océano Pacífico, en una casa solariega de la ciudad de México, una mujer regaba las plantas de su jardín. Veía, sorprendida, cómo la antigua higuera seca reverdecía. Ella lo había dicho algunos años antes, en el momento en que Felipe dejó la casa paterna para enclaustrarse en un convento franciscano en la ciudad de Puebla. "Cuando el niño Felipe sea santo la higuera seca del jardín volverá a dar frutos". Eso dice la leyenda y la devoción de algunos fieles que aún siguen rezando frente a un muro vacío de lo que fue la celda de retiro de san Felipe de Jesús en el convento de santa Bárbara en la colonial ciudad de Puebla.

La imagen de san Felipe martirizado no sólo sobrevive en las leyendas y en la devoción, también existen objetos tangibles que nos lo recuerdan. Por ejemplo los murales de la catedral de Cuernavaca que describen el martirio de Nagasaki. Como el acta bautismal de Felipe, la autoría de estos murales también ha sido discutida: una constante en la vida del santo, la inexistencia de documentos históricos que certifiquen su paso por el mundo. El acta bautismal se perdió, las reliquias que fueron traídas de Japón a México se perdieron, la estatua de plata que el gremio de plateros de la ciudad de México ordenó fundir también se perdió. Y otra cosa se perdió: el culto popular al santo. Podría decirse que San Felipe fue más un santo de la Nueva España que del México independiente. Las procesiones que se realizaban en el siglo XVII y XVIII para celebrar al santo el cinco de febrero eran auténticas verbenas populares. Momentos propicios para la afirmación de una fe nacionalista, de una devoción que enorgullecía a la Nueva España. Cuando Felipe de Jesús fue canonizado en Roma, tres siglos después, la noticia pasó prácticamente inadvertida en México. Hay que recordar que en aquella época el gobierno liberal de Juárez había expulsado a todos los obispos y prohibido el culto en las calles.

Pero lo que no se puede expulsar es la imaginación y la fatalidad. La imaginación que permite que exista, incluso en altares vacíos, abandonados, la huella de una historia que en su momento pudo fructificar en un símbolo de mayor peso y la fatalidad que unió la vida de un desventurado novohispano con el destino de un emperador oriental que tuvo la fuerza para unificar al Japón e iniciar con eso una etapa fundamental en la historia de aquel país. Y es que la vida de Felipe es un punto de encuentro de épocas y cos-

tumbres, pues al mismo tiempo es una ventana abierta al México colonial y sus tradiciones y un panóptico desde el cual observamos la historia fragmentada de un imperio gobernado por un guerrero inteligente, artero, quien juzgó como una insolencia las intenciones de aquellos cristianos.

En el testamento que la madre de Felipe dejó escrito podemos leer: "...claro que yo fui casada y velada según orden de la iglesia con el dicho Alonso de las Casas; y durante nuestro matrimonio hubimos y procreamos por nuestros hijos legítimos en sagrado matrimonio; primeramente al gloriosísimo santo mártir san Felipe de Jesús de las Casas, mártir del Japón, de la orden del seráfico P.S. Francisco, descalzo, criollo de esta ciudad, cuya festividad se está celebrando estos días en esta ciudad de México y está nombrado por patrón de ella." Esta declaración de doña Antonia Martínez es lo más cercano a una fe de bautismo. Quienes han dudado de su veracidad toman en cuenta que fue hecha muchos años después del martirio de Felipe y de su coronación como primer mártir mexicano y santo patrono de la ciudad de México. No deja de ser significativo que el santo protector de una ciudad devastada por la conquista espiritual halla sido él mismo devastado por un espíritu que no se dejó conquistar y antepuso la disciplina militar de los antiguos guerreros japoneses a la posibilidad de la conversión. La misma madre de Felipe fue testigo del fervor con el que fue paseada la imagen de su hijo por las calles de la ciudad de México. Ella fue paseada sobre un palanquín, reproduciendo así una estampa que nos hace pensar en las princesas orientales, y colmada de regalos y flores. La madre del santo observaba la dificultad de avanzar por las calles contiguas a la catedral metropolitana en donde sería cantada una misa en honor del mártir, la misma catedral que ahora contiene en una de sus capillas laterales un altar dedicado a San Felipe. Es el mismo repositorio en donde se colocaron los restos de Agustín de Iturbide. Un santo y un héroe en el mismo sitio. Otra vez nos volvemos a encontrar a la historia dialogando con el mito y la leyenda. Una conversación que es preludio de una sensibilidad y de una conciencia, que va más allá de una madre que se siente agraciada por la muerte de su hijo y que enlaza lo íntimo de México con lo íntimo de España, con lo íntimo de Japón.

Felipe continuó su naufragio aún después de su muerte. Un religioso español, fray Diego de Guevara, logró sobornar a los campesinos japoneses que custodiaban los cuerpos de los sacrificados y pudo rescatar los restos de fray Pedro Bautista y de Felipe de Jesús. Aquel hombre tuvo que acumular tanta imaginación como paciencia para poder viajar hasta Manila junto con aquellos cuerpos. Y otra vez nos encontramos

con el extravío pues nadie sabe en donde quedaron aquellos cadáveres. Pero ese vacío ha sido ocupado por la fantasía y la devoción. En una de las primeras biografías que en el siglo XVII se escribieron sobre San Felipe se asegura que dos huesos del santo se veneraban en la catedral metropolitana y que en el templo de santo Domingo existía una pequeña cruz fabricada con astillas de la verdadera cruz de Nagasaki. Pero ni siquiera esa minúscula astilla ha sobrevivido a la fatalidad. Si existió o no en el templo de santo Domingo es algo que nunca podremos demostrar.

Las descripciones que se han llegado a hacer sobre el destino de las reliquias del santo son al mismo tiempo el catálogo de una pérdida. Se sabe que en el antiguo convento de san Francisco también existían dos huesos y una túnica y que en el Colegio de Santiago Tlatelolco había otro hueso. Como el mar pulveriza las rocas, así el tiempo pulveriza los cuerpos. Escribir una historia tal vez sea lo mismo que buscar unos huesos perdidos y encontrarle un sentido a la búsqueda, y encontrarle un sentido a la pérdida. Saber qué quiere decir que en san Jerónimo se veneraba un dedo pulgar del santo de Nagasaki y que en el antiguo convento de Capuchinas y en el santuario de los Remedios los fieles rezaran frente a un lienzo empapado en sangre.

Pensar en la vida de Felipe de las Casas es pensar en comparaciones tomadas de la historia o de la irrealidad para después encontrar en ellas un punto de fe o de incredulidad. En todo caso se trata de un hombre que en su momento fue emblema de una *Grandeza mexicana* que sufrió estragos y reinversiones similares a las de la vida de aquel santo. <

